

HEMOS CREÍDO EN EL AMOR

II Conferencia Cuaresmal, 12 de marzo de 2003

S.I. CATEDRAL DE JEREZ

I. CRISTO ES EL CAMINO DEL AMOR QUE NOS CONDUCE A LA VERDAD DE LA VIDA.

En tiempo de "inclemencia y turbaciones" hay que recuperar con fuerza "lo esencial" de nuestro ser cristiano, que Jesucristo es "el camino, la verdad y la vida" (Jn 14,6) Pero, ¿y qué es la verdad?, ¿qué sentido tiene hoy en la ciudad secular y plural confesar y anunciar la vida y obra de un nazareno crucificado hace dos mil años?, ¿qué es lo distintivo del Cristianismo? ¿se puede amar a los enemigos? Veamos lo que dicen las Escrituras:

- * El Espíritu de la verdad nos guiará hacia la verdad plena: Jn 14, 13.
- * Si permanecéis en mi palabra, seréis discípulos míos y la verdad os hará libres: Jn 8, 31-32.
- * Abrazados a la verdad, en todo crezcamos en la caridad: Ef 4,15.
- * El demonio es el padre de la mentira: Jn 8, 42.
- * Nadie tiene mayor amor que quien da la vida por sus amigos: Jn 15,13.
- * El que no ama permanece en la muerte: 1 Jn 3,14.
- * El que ama, construye: 1Cor 8,1.
- * Hacedlo todo por amor: 1 Cor 16,14.
- * El amor es fruto del Espíritu Santo: Gal 5,22.
- * Dios es amor: 1Jn 4,8.
- * No hay temor en el verdadero amor: 1Jn 4, 18.
- * El amor es la señal del cristiano: Jn 15,12.
- * El amor es fuerte como la muerte: Cant 8,6.
- * El amor no pasa nunca: 1Cor 13,4ss.

La conciencia de la Verdad.

En medio de las tinieblas de la "cultura de la mentira", el hombre actual también anhela en lo más profundo de su corazón ese deseo de conocer la verdad que dé sentido a sus días. Ningún hombre puede eludir las preguntas que todos llevamos dentro: ¿quién soy?, ¿por qué la vida y la muerte? ¿qué debo hacer?, ¿cómo puedo discernir el bien del mal?

El Papa nos exhorta constantemente a destacar el carácter central de la cuestión de la verdad: porque la fe es ante todo un acto libre y razonable en el que la persona reconoce, por impulso de la gracia, que Jesucristo es la verdad que salva y que por lo tanto nos entregamos libremente a El. Sólo y únicamente en Cristo como verdad suprema del

hombre hallamos la respuesta definitiva a los grandes interrogantes de la vida.¹

La situación de pluralismo y de relativismo tendencial que caracteriza a la postmodernidad corre el riesgo de desvirtuar, si no de eliminar por completo, el significado de nuestra adhesión de fe. Profesar hoy que Cristo es el Salvador del mundo, o proclamar ante los *Pilatos* de turno que Jesús vino a dar testimonio de la verdad y que es la verdad (cf. Jn. 14,6; 18,37), tiene el riesgo de que le cuelguen a uno el sambenito en boga de "fundamentalista", "intolerante" o "pretencioso". Lo que se cotiza en este ambiente es decir, "bueno..., al fin o a la postre todas las religiones son iguales". Y eso es estar "al loro", lo que mandan las circunstancias.

Frente a este desafío, lo primero es recuperar la conciencia de la verdad de Jesucristo como "luz verdadera que ilumina a todo hombre" (Jn 1,9) y como única verdad absoluta en la vida de un cristiano. Pero además, hay que saber que existe un punto esencial por el que el Cristianismo se diferencia de las otras religiones: "el misterio del Verbo Encarnado en el que se ha cumplido el anhelo presente en todas las religiones de la humanidad, y por ello mismo es su única y definitiva culminación... En Cristo la religión ya no es buscar a Dios a tientas, sino una respuesta de fe".²

La conciencia de la verdad de los cristianos tiene que descubrir que la existencia de Dios y su presencia activa en la historia son el fundamento y la garantía de la auténtica libertad del hombre. "El que no conoce al Dios vivo y verdadero -comenta la *Declaración final del Sínodo de Obispos para Europa*- no conoce realmente al hombre". La fe en Cristo no está en oposición con la causa del hombre, es todo lo contrario: son más bien las promesas puramente terrenas (felicidades falsas) las que -como demuestra la historia reciente- reducen a la esclavitud, de forma totalitaria, a los seres humanos.

La experiencia de la Verdad.

Uno de los pilares de inspiración, tanto en la praxis histórica, como de la investigación y de la técnica científica de nuestros días, es aquella afirmación de G.B. VICO, según la cual *verum est factum*. "El hombre contemporáneo escucha más a gusto a los que dan testimonio que a los que enseñan..., o, si escuchan a los que enseñan, es porque dan testimonio".³

Cristo no es una "verdad a medias", sino que es "el Camino, la Verdad y la Vida" (Jn 14,6) del hombre, y ello no tiene sólo una connotación intelectual, sino también ético-práctica, que se deriva lógicamente de la experiencia de la verdad que salva, metida en la realidad concreta de la propia existencia personal y comunitaria: "hacer la verdad en la caridad" (Ef 4,15). Juan Pablo II afirma con coraje que en 2.000 años de Cristianismo

¹ Cf JUAN PABLO II, *Veritatis splendor*, 6-8-1993.

² JUAN PABLO II, *Tertio Millenio Adveniente*, nº 6.

³ PABLO VI, *Evangelii nuntiandi*, 41.

"no han faltado verdaderas formas de antitestimonio y de escándalo" (TM, 33). Quizás ello haya provocado en muchos de nuestros contemporáneos un escepticismo desilusionado. Una mayor coherencia de verdad y vida es la que se nos pide a los cristianos. Al secularismo receloso solamente se le hace frente desde la realidad tangible del testimonio del amor. Esto no se alcanza por mero voluntarismo o grandes acciones sociales, sino que brota de la relación viva y permanente con Dios en la oración y en la participación en los sacramentos.

Hoy es necesario afirmar la primacía de Dios como fuente del amor al hombre y garantía del respeto a su dignidad. El amor a Dios y al hombre es una sola realidad. La Iglesia Católica no es una ONG más. Su amor preferencial por los pobres nace únicamente de la experiencia de Dios, y cuando ésta falta, nuestras acciones pueden ser muy efectivas, valiosas y merecedoras de elogios, pero no conducen a Dios, sino a nosotros mismos. En este sentido dice el Beato Juan XXIII: "debo recordar siempre que la Iglesia guarda en sí la juventud eterna de la verdad de Cristo, que es de todos los tiempos, y que es la Iglesia quien transforma y salva a los pueblos y los tiempos, no estos a ella".⁴

El anuncio de la Verdad.

La conciencia y la experiencia de la verdad son el presupuesto necesario para el anuncio de la verdad que, precisamente por surgir de ellas, es al mismo tiempo testimonio creíble. La misión de Cristo Redentor, confiada a la Iglesia, está lejos de cumplirse. Al inicio de un nuevo milenio podemos decir que esta misión se halla todavía en los comienzos. Son muchos los pueblos y culturas que no han recibido la Palabra del Evangelio: "Ha llegado el momento de dedicar todas las fuerzas eclesiales a la nueva evangelización y a la misión *ad gentes*. Ningún creyente en Cristo, ninguna institución de la Iglesia puede eludir este deber supremo: anunciar a Cristo a todos los pueblos".⁵

II. SÓLO EL AMOR MERECE LA VIDA.

Jesucristo, como única Verdad que salva al hombre, es el Amor (cf 1Jn 4,16) que merece que demos la vida por Él. El Concilio Vaticano II enseña que "la razón más alta de la dignidad humana consiste en la vocación del hombre a la unión con Dios. Desde su mismo nacimiento, el hombre es invitado al diálogo con Dios. Existe pura y simplemente por el amor de Dios, que lo creó, y por el amor de Dios, que lo conserva, y sólo se puede decir que vive en la plenitud de la verdad cuando reconoce libremente ese amor y se confía por entero a su Creador" (GS 19). El Dios de la creación se revela como Dios de la redención, como Dios que siendo fiel a sí mismo, al hombre y al mundo, no retrocede ante el pecado, sino que quiere la felicidad del hombre: "Y Aquél que estaba absolutamente sin pecado alguno... es amor siempre dispuesto a ir al encuentro del hijo pródigo... Tal revelación de amor y de misericordia tiene en la historia del hombre una

⁴ JUAN XXIII, *Diario de alma*, año 1910, nº 2.

⁵ JUAN PABLO II, *Redemptoris missio*, 3.

forma y un nombre: se llama **Jesucristo**".⁶

En los designios divinos, Dios no ha querido revelarnos su existencia por medio de una filosofía sobre lo absoluto, ni de una moral de comportamiento para ser felices, ni por un conjunto de leyes y ritos, sino que se ha revelado en una Persona, en un Acontecimiento, en una Historia que se resume en esto: **Jesucristo es el amor desbordante de Dios para nosotros**. Por eso mismo dirá San Juan que : "Dios nos ha manifestado el amor que nos tiene enviando al mundo a su único Hijo, para que vivamos por él (1Jn 4,9) Como afirma el Cardenal vietnamita Van Thuan: "Jesús al venir a la tierra se trajo, como peregrino de la Trinidad, el modo de vivir de su patria celestial, expresando humanamente los comportamientos divinos de la Trinidad".⁷ Podemos decir que Cristo encarna perfectamente la conocida frase de E. Mounier; "*ser es amar*". Es decir: **Jesús, Dios y Hombre verdadero, es el Amor y es el Maestro en el arte de amar**. Así, contemplemos desde el Evangelio los elementos distintivos del arte de amar, que Jesús nos enseña como fuente del esplendor y de la fascinación de la vida cristiana que vence al mundo (cf 1Jn 5,1-5).

Dios es el primero en amar.

Cristo, cuando todavía éramos pecadores, desagradecidos e indiferentes, murió por nosotros (cf Rm 5,8). "El nos amó primero", dice San Juan (1 Jn 4,19), luego la primera regla de cristiano para con los otros es la misma que Dios tiene con cada hombre, si Él se adelantó a nuestras miserias, no esperemos que los otros nos amen, sino adelantémonos nosotros: "donde no hay amor, pon amor y sacarás amor".⁸ Es lo mismo que diría Sta. Teresa de Jesús: "Amor saca amor". La dirección del amor a nuestros semejantes arranca del primer mandamiento ("*Amar a Dios sobre todas las cosas*"). No se ama a Dios por lo que nos da, sino por lo que Él es; porque, como diría S. Bernardo, "la medida del amor a Dios es amarlo sin medida".⁹ Sabiendo siempre que nunca amaremos lo suficientemente a Dios como El debe ser amado. El cristiano tiene que ser el primero en amar al otro porque tiene la referencia constante de lo que hizo Jesús. Muy claro lo afirmaría S. Juan Crisóstomo: "El amor que tiene por motivo a Cristo es firme, inquebrantable e indestructible. Nada, ni las calumnias, ni los peligros, ni la muerte, ni cosa semejante será capaz de arrancarlo del alma. Quien así ama, aun cuando tenga que sufrir cuanto se quiera, no dejará nunca de amar si mira el motivo por el que se ama. El que ama por ser amado terminará con su amor apenas sufra algo desagradable; pero quien está unido a Cristo jamás se apartará de ese amor".¹⁰ De ahí, que no amemos

⁶ JUAN PABLO II, *Redemptor Hominis*, 9-10.

⁷ F.X. NGUYEN VAN THUAN, *Testigos de esperanza*, (Madrid 2000) 83.

⁸ SAN JUAN DE LA CRUZ, "Carta a la M. M^a de la Encarnación", en *Vida* (Madrid 1950) 1322.

⁹ SAN BERNARDO, *Sermón 6, sobre el amor a Dios*

¹⁰ SAN JUAN CRISÓSTOMO, *Homilía sobre San Mateo*, 60.

porque somos amados, somos agraciados con la amistad u otros beneficios, sino porque sabemos que es nuestro deber el tomar la iniciativa y además amar a fondo perdido, sin esperar nada a cambio. Porque la recompensa del amor es poder amar más.

Un amor universal.

Para que resplandezca el amor que “viene de lo alto” hemos de amar a todos, sin excluir a nadie, ya que Dios nuestro Padre “hace salir el sol sobre buenos y malos...” (Mt 5,45). Ahora bien, ese “todo” no es algo genérico, sino muy concreto que se hace realidad en el prójimo que el Señor pone delante de nosotros. La Madre Teresa de Calcuta decía: “Para amar a una persona hay que acercarse a ella... No atiendo nunca a las multitudes, sino solamente a las personas”.¹¹ El hermano se convierte en “sacramento de Cristo”, porque por su encarnación-pasión-muerte-resurrección se ha unido, en cierto modo, con todo hombre, independientemente de su raza, cultura o procedencia.

El amor a los enemigos.

En el Misterio Pascual se ha derrumbado el muro que dividía a judíos y gentiles y ha constituido un solo pueblo cuya única ley es el amor: “En esto conocerán que sois mis discípulos, si os amáis los unos a los otros como yo os he amado” (Jn 13, 34-35). El amor de Cristo a la humanidad no es otro que el expresado en la cruz: “Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen”(Lc 23,34). Si Él perdonó a sus enemigos, el “siervo no puede ser mayor que su Señor”, por lo tanto el amor a los que nos persiguen es una consecuencia del mensaje de las Bienaventuranzas (cf 5,43-48), que se ve plasmado en el sacrificio de la cruz. El Cardenal Van Thuan, que sufrió tres años de cárcel por ser obispo católico, nos cuenta en su libro *Testigos de esperanza* cómo sus carceleros se extrañaban de que él los amase y le preguntaban: “¿Por qué?” a lo que respondía: “Porque Jesús me ha enseñado a amar a todos, incluso a los enemigos. Si no lo hago, no soy digno de llamarme cristiano”.¹²

Amar dando la vida.

El amor desde Jesucristo, Hijo de Dios vivo, es infinito como Dios que es, pero tiene el rostro de la fragilidad humana en cuanto que Hombre. Por eso, la lección sobre el amor que puede aprender el hombre no es otra que “dar la vida por sus amigos” (Jn 15,13). Quienes dan la vida por los demás, no hablan sobre el amor, sino que lo dan “hasta el extremo” (Jn 13,1) como hizo Jesús. Por eso los santos y los mártires son los testimonios del amor en la dimensión de la cruz. ¿De dónde han sacado los fuerzas, se preguntarán algunos? Pues precisamente del “memorial de la donación” que es la Eucaristía: “Porque Él mismo, la noche en que iba a ser entregado, habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el extremo y, mientras cenaba con sus discípulos, tomó pan, y dando gracias te bendijo, lo partió y lo dio a sus discípulos, diciendo: TOMAD Y

¹¹ TERESA DI CALCUTA, *Tu mi porti l' amore* (Roma 1979) 48.

¹² F.X. NGUYEN VAN THUAN, *Testigos....*, 85.

COMED... Del mismo modo, acabada la cena, tomo el cáliz...y lo pasó a sus discípulos, diciendo TOMAD Y BEBED... Cada vez que comemos este pan y bebemos de este cáliz, anunciamos tu muerte, Señor, hasta que vuelvas”.¹³ Quiere decir que nadie da su vida en favor de lo otros, si antes no se alimenta del “sacramento del amor”, presencia real y substancial de Cristo entre nosotros hasta el final de los tiempos. Cristo no sólo dio su vida por ti y por mí, sino que no nos dejó sólo, sino que permanece en la novedad constante de la celebración de los gestos salvíficos de la última cena con sus discípulos.

Amar es servir.

El martirio de lo cotidiano consiste, no en el derramamiento de la sangre, sino en la vivencia cotidiana de lo que se podría llamar la “espiritualidad de los pequeños detalles”. Es decir, aquél que por amor a Dios y a sus hermanos está pendiente las veinticuatro horas de los otros, en una donación desinteresada, bondadosa y alegre, que olvidándose de uno mismo se lanza a ser servidor de los demás, haciéndose “esclavo” cuando podría ser “señor”, apareciendo como “discípulo” cuando podría ser “maestro”. Porque “cuanto más vacíos estamos de la hinchazón de la soberbia más llenos estamos de amor”.¹⁴

Es curioso que el cuarto evangelista, que tanto habla del amor, no narre la institución de la Eucaristía, como hacen los sinópticos, sino que cuenta la escena en que Jesús lava los pies a sus discípulos: “Pues bien, -dice Jesús- si yo, que soy el Maestro y el Señor, os he lavado los pies, vosotros debéis hacer lo mismo unos con otros. Os he dado ejemplo, para que hagáis lo que yo he hecho con vosotros” (Jn 13,14-15). Esto es, gustar del amor divino encerrado en el misterio de la Eucaristía sólo se hace desde una profunda humildad y una verdadera actitud de servicio en la comunidad. Así pues, terminemos con las palabras de San Agustín: “Este breve mandato se te ha dado de una vez para siempre: Ama y haz lo que quieras; si te callas, calla por amor; si hablas, habla por amor; si corriges, corrige por amor; si perdonas, perdona por amor; ten la raíz del amor en el fondo de tu corazón: de esta raíz solamente puede salir lo que es bueno”.¹⁵

+ **Juan del Río Martín**
Obispo de Asidonia-Jerez

¹³ MISAL ROMANO, *Plegaria Eucarística III*.

¹⁴ SAN AGUSTÍN, *Tratado sobre la Santísima Trinidad*, 8.

¹⁵ SAN AGUSTÍN, *Comentario a la 1ª Epístola de San Juan*, 7.